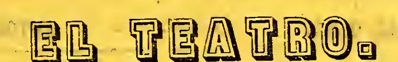
EL TEATRO.



COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS ESCOGIDAS,

POR

LOS MEJORES AUTORES.



MADRID.

Imprenta que fue de Operarios, calle del Factor núm 9.

à cargo de D. F. R. del Castillo.

1852.

CATALOGO

de las obras Dramáticas representadas últimamente en los teatros esta corte, de la propiedad de la Galeria titulada:

EL TEATRO (1).

TITULOS DE LAS OBRAS.	ACTOS.	AUTORES.	RS
La creacion ó el Diluvio Universal. (o)	4	Sres. Zorrilla.	8
¡Es un Angel! (o)	3	Suarez Brabo.	8
Trabajar por cuenta agena (o)	3	Cazurro.	8
La Gloria del Arte. (o)	3	Asquerinos.	8
Juan sin tierra. (o)	4	Diaz.	8
D. Sancho el Bravo. (o)	3	Asquerino (D. Eus.)	8
Para heridas las de honor. (o)	5	Galvez.	8
Mi mamá. (o)	1	Sierra.	4
El 5 de Agosto. (o)	4	Tamayo y Baus.	8
Los Amantes de Chinchon. (o)	1	Villergas, Príncipe, Larrañaga, Asquerino y Estrella.	4
Juan sin Pena. (o)	4	La Rosa.	8
El ensayo de una ópera. (z o)	1	Peral (música de Oudrid y Hernando.)	4
Un dómine como hay pocos. (o)	1	Peral.	4
Las Guerras civiles (o)	3	Asquerinos.	8
Traidor, inconfeso y martir. (o)	3	Zorrilla.	8
La banda de la Condesa. (o)	3	Cortijo y Valdés.	8
Nobleza contra Nobleza (o)	4	García de Quevedo.	8
Un amor á la moda. (o)	1	Perez, Duro y Rivera.	4
Hacer cuenta sin la huéspeda. (o)	3	Flores Arenas.	8
La madre de San Fernando. (o)	4	Rossell.	8
Los amantes de Teruel. (r)	4	Hartzenbusch.	8
Un paje y un caballero (o)	3	García de Quevedo.	8
D. Bernardo de Cabrera. (o)	4	Garcia de Quevedo.	8
Una falta. (o)	3	Huici.	8
Las flores de D. Juan. (r)	5	Escosura.	8
Las Apariencias. (o)	3	Escosura.	8
Con razon y sin razon. (o)	3	La Rosa.	8
De audaces es la fortuna. (o)	2	Ramirez.	6
Lecciones de amor. (o)	3	Ramirez.	6
Llueven hijos. (o)	1	Bermejo.	4
Al mejor cazador. (o)	3	Bermejo.	8
Afectos de odio y amor. (o)	3	García Gutierrez.	8
Los instintos de Alarcon. (o)	1	La Rosa.	4
Arcanos del alma. (o) *primera parte.*	3	Asquerino. (D. Eus.)	8
La verdad en el espejo. (o)	3	Hurtado.	8
Negro y Blanco. (o)	1	Silbela y Barreras.	4
Entre bobos anda el juego (r)	4	Asquerino (D. Eduar.)	8

(1) Las letras que van á continuacion de título de las obras significan (a) ar glada, (o) original, (r) refundida y (z) zarzuela.

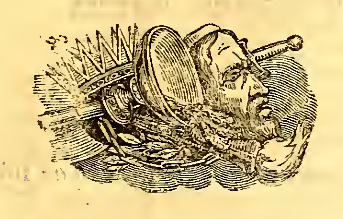
LA HIEL EN COPA DE ORO.

Drama en tres actos y en verso, original

DE

Don Gabriel Estrella.

Representado con aplauso por primera vez en el teatro del Principe el dia primero de mayo de 1852.



MADRID.
Imprenta que fue de **Operarios,** á cargo de D. F. R. del Castillo,
calle del Factor, número 9.

1852.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA REINA VIUDA. . . .	Doña Barbara Lamadrid.
MARIANA DE PATIÑO.	Doña Luisa Yañez.
D. FERNANDO DE VALENZUELA.	D. Julian Romea.
D. BERNARDO DE PATIÑO..	D. Jose Calvo.
CARLOS II..	D. Antonio Lozano.
D. JUAN DE AUSTRIA. .	D. Pedro Sobrado.
HARO. . . (Capitanes.)	D. Lazaro Perez.
URBINA. . (Capitanes.)	D. Jose Mas.
PANTOJA. (Capitanes.)	D. Manuel Sotomayor.
BELTRAN.	D Jose Perez Pló.
POITIERS.	D. Antonio Gonzalez.
PEDRO.	D. Joaquin Cabello.
UGIER.	D. Geronimo Gonzalez.
NOTARIO.	D. Fernando Guerra.
SOLDADOS y hombres del pueblo.	

La escena en Madrid, año de 1677.



ACTO PRIMERO.

Casa de D. Bernardo de Patiño, amueblada á estilo de 1677.—Una puerta secreta en el fondo.—Una al interior y otra al esterior de la casa.

ESCENA PRIMERA.

PATIÑO *y* MARIANA.

PAT. Con que fué el buen Valenzuela
mi salvador?
MARIAN. Padre mio,
él fué: resistir no supo
mis lágrimas... pero esquivo
pienso que no agradeceis
el gran favor recibido.
Ved que os dió la libertad,
al calabozo y los grillos
sustrayéndoos...
PAT. Gran favor,
que en lo que vale yo estimo.
Mas siendo tú medianera,
temo que un precio subido
te intente imponer...
MARIAN. No, padre,
me ofenden vuestros juicios.

Valenzuela es muy leal.
PAT. Pues de intrigante me han dicho
que dió muestra en ocasiones.
MARIAN. Diólas mas de ser cumplido
caballero en paz y en guerra.
PAT. Basta: advierte que no es lícito
que hablen asi las doncellas,
pues en ellas es indicio
la alabanza del amor,
y del amor los delirios.
MARIAN. Ayer sumido en la cárcel
yaciais sin albedrio,
y hoy ya le usais sin temor
de inquisision ni de esbirros:
y él fué, padre, Valenzuela,
él fué quien todo lo hizo.
PAT. Hum! no me dá buena espina,
que quien es tan mi enemigo
y tan parcial de la Reina
se muestre tan compasivo.
Capaz será de pagar
un traidor, un asesino,
para evitar el escándalo
de un destierro ó de un suplicio.
MARIAN. Con qué lúgubres ideas
os dais tormento á vos mismo!
Dejad, padre, esas quimeras,
y fiad á mi cariño
vuestra paz! yo velaré
mientras durmais vos tranquilo.
el ángel de vuestra guarda
seré, si os venís conmigo
sin anhelos de ambicion,
ni insomnios de poderío.
PAT. Qué dices, Mariana mia?
fuera yo un parcial indigno
de D. Juan, si las espaldas
volviese al comun peligro.
Yo te amo, hija de mi vida,
mas me consagré á un partido,
y en él con D. Juan de Austria
me ensalzo ó me precipito.

Sábese ya en toda España,
que el secretario Patiño
no retrocede, y el príncipe
D. Juan ha de ser ministro
y ha de ahorcar...

MARIAN. Padre, silencio,
que de pensar me horrorizo
que os pueden prender de nuevo...

PAT. Y qué soy si me intimido?
Hija, empezado el combate,
seguir en él es preciso
hasta vencer. Valenzuela
de tu belleza cautivo,
su amor indiscreto pone
de mi ambicion al servicio,
y es menester que tú seas
quien me ayude en mis designios.
El vendrá aquí: tú, risueña,
sus alegres desvarios
oye, y la plática cambia
del gobierno á los prolijos
cuidados que sobre él pesan,
que él entonces de lo íntimo
del pecho, grandes secretos
revelará.

MARIAN. Padre mio:
y he de pagar con traiciones
á quien por vos tan solícito
se ha mostrado? Quien tan noble
fué y tan liberal conmigo,
que no abusó de mis ruegos,
ni escarneció mis gemidos?

PAT. Fiad en las gentilezas
de mancebos que hacen mimos.
Te habló de amores?

MARIAN. Señor,
no: solamente me dijo
que ni el pincel del Tiziano,
rostro mas bello que el mio
jamás pintó.

PAT. Ira de Dios!
El osado pajecillo

bien merece que le demos
entre los dos un castigo.
Aborrécelo, hija mia:
ese hombre falaz, inícuo,
con mis desgracias prospera:
y no es dueño de sí mismo
para amarte un solo dia
sin convertirte en ludibrio
de la corte.

ESCENA II.

DICHOS *y* PEDRO.

PEDRO. D. Fernando
de Valenzuela. (*Vase.*)
PAT. Mi aviso.
(*Haciendo seña al criado para que entre.*)
Con la sonrisa en los labios
mirándole de hito en hito,
recibamos al traidor,
que viene con faz de amigo.

ESCENA III.

DICHOS, *y* VALENZUELA.

PAT. Llegad, señor, que os estamos
tan obligados aquí,
que ya raya en frenesí
el amor que os profesamos.
Y es tal en pechos leales
de la gratitud la ley,
que no rindiera yo al rey
atenciones mas cabales.
VALENZ. La mucha lisonja humilla,
señor Patiño, y yo os quiero
leal y buen caballero,
sin máscara y sin mancilla.
PAT. No anubleis mi alma de niño
con sospecha ponzoñosa.

VALENZ. Pues punto ya, y á otra cosa:
tengo que hablaros, Patiño.
PAT. Mariana... (*Indicándole que se retire.*)
VALENZ. No nos dejeis,
que aunque es asunto de Estado,
vuestro padre interesado
anda en él, como vereis.
PAT. Mas ella...
VALENZ. Si no os enoja,
asista á la conferencia.
PAT. Infame! con que insolencia (*Ap.*)
su amor al rostro me arroja!
Hablad. (*Ofrece sillas: siéntanse los tres.*)
VALENZ. Sabeis que á medida
que España decae en el mundo,
y el rey D. Cárlos segundo
no da señales de vida,
Francia, amiga de la guerra,
con un rey valiente y loco,
teniendo el derecho en poco,
está asombrando la tierra;
y en Italia como en Flandes,
sin que haya quien la resista,
hace una y otra conquista,
y alcanza triunfos tan grandes,
que de aquella ópima herencia
del emperador D. Cárlos,
los restos han de pisarlos
un dia á nuestra presencia.
Son ya tantos los reveses
de las armas españolas,
que pronto camparán solas
las lises de los franceses,
y para que sean mayores
nnestra afrenta y nuestros daños,
los propios con los estraños
se echan á conspiradores.
Patiño, os digo en verdad,
que yo le aconsejo al rey
que es menester que la ley
sea una dura realidad.
Y que si D. Juan no cesa

de provocar conmociones,
no espere del rey perdones,
pues diz que el vuestro le pesa.
Idos con tiento por Dios,
que hablan de planes, y estan
unos fieros con D. Juan,
y otros airados con vos,
y no quisiera yo, á fé,
que si os prendiesen mañana,
las lágrimas de Mariana
pensáran que derramé.

PAT. Atentamente os oí:
y qué quereis que colija?
que sois galan con mi hija,
y ademas velais por mí.
Y que tocando el registro
de ser tal y tan sincero,
sois el mejor caballero
y el mas amable ministro.
Y obrara yo sin razon
si seguridad no os diese
de estar, aunque á algunos pese,
quedo y mudo en mi rincon.
Mas ved que con tantos males
la atmósfera se condensa,
y hay quien dice que el rey piensa
en mudar sus generales.
Tened pues cuenta por Dios,
porque en Madrid no es misterio
que vacila el ministerio,
y que os dan vahidos á vos.

VALENZ. Esa es la falsa esperanza
que alienta á algunos traidores.

PAT. Justo. Los calumniadores
asi buscan su venganza.
Pues hay descaro mayor
que decir que sois iguales,
causando idénticos males,
vos y vuestro antecesor?
Y qué, si las cosas van
asi de tan mala ley
es porque no llama el rey

á gobernar á D. Juan?

VALENZ. Ya supe, y ya desprecié
esa crítica liviana.

PAT. Haceis bien, que nadie os gana
á vos en talento y fé.
Esta es, señor, mi opinion
y la que yo le he formado
á Mariana, que os ha dado
en paga su estimacion.

VALENZ. Téngosela yo tan viva,
que á fé que en amor ya toca.

MARIAN. Pues sabed vos de mi boca,
que no os correspondo esquiva.

(*Valenzuela y Mariana se aproximan afectuosamente.*)

PAT. (Y este hombre manda en España! (*Ap.*)
imbécil! Una mujer
le hará mi juguete ser,
y satisfaré mi saña.)
Honraisme en alta manera.
D. Fernando. Asi os quedad.

VALENZ. Vuestra hija es la beldad
que en mi corazon impera.

MARIAN. Ay, padre!

PAT. Bien, hija mia:
él es nuestro bienhechor.
(*Ap.*) Odialo!—Ténle el amor
que ganó con su hidalguía.

ESCENA IV.

DICHOS y BELTRAN *que entra precipitadamente.*

BELT. Señor.

VALENZ. Qué es eso, Beltran?

BELT. Voto vá, cogió la vez,
y á poco del primer tajo
me corta el cuello á cercen.

VALENZ. Pero quién, cómo?...

BELT. Este pliego
que tiene el sello del rey,
de su cámara á la vuestra

llegó: venia yo con él,
y un bravo junto á la esquina
poniéndose de través,
me pregunta,—hola, Beltran!
Qué lleva ahí?—No lo sé.
—Diga, es secreto de Estado?
—No.—Pues diga por su bien
si es un billete de amores
para esa casa.—Tal vez.—
Parecióme la respuesta
mas discreta; mas la erré,
porque el bravo enmascardo
me dijo con altivez:—
Pues ved si doña Mariana
os cura esta herida bien.—
Y un tajo me dió que á poco
me corta el cuello á cercen.
Vive Dios! que guardadores
en vuestra casa teneis.

MARIAN. No comprendo.

PAT. Mariana,
qué es esto? tú sabes quien
es ese hombre?

VALENZ. Patiño,
presumo quien ha de ser.

PAT. Oh! son celos de la reina, (*Ap.*)
yo lo he acertado tambien.

MARIAN. Esplicadme, Valenzuela...

VALENZ. Vos sola teneis mi fé:
no os asusten aventuras,
que venturas hàn de ser.

(*Lée en el pliego que le ha entregado Beltran.*)

En Madrid D. Juan de Austria!

PAT. Mal gesto pone al papel. (*Ap.*)

VALENZ. El propio se alza el destierro, (*Ap.*)
debe castigarle el rey:
todos los conspiradores
contra mí va á revolver.

PAT. Qué nuevas?

VALENZ. Son felicísimas,
Patiño, todo va bien:
mas por prevision si os place,

mi aviso en cuenta tened.

PAT. No olvideis tampoco el mio,
aviso de amigo fiel.
Qué, os vais?

VALENZ. Si tal.

PAT. Teneis prisa?

VALENZ. Voy despacio.

PAT. Id con Dios pues.

(Vanse Valenzuela y Beltran.)

ESCENA V.

PATIÑO *y* MARIANA.

MARIAN. Qué pavor desconocido
se apodera de mi ser!
De un amor desventurado
espuesta al rudo vaiven,
cuántas penas ya me aguardan,
cuánto llanto he de verter!

PAT. Que cites á Valenzuela
de nuevo aquí, es menester.

MARIAN. Qué os proponeis?

PAT. Mariana:
va en ello mi honra y la prez
de una victoria.

MARIAN. Mas yo
que lo amo, lo he de vender?

PAT. No me repliques, y escribe
tu cita, y dame el papel.

(Vase Mariana.)

ESCENA VI.

PATIÑO, *abriendo la puerta secreta del fondo,* D. JUAN.

PAT. Salid, señor, Valenzuela,
del rey ó la reina aviso
ha recibido: es preciso
celar bien á quien nos cela.

D. JUAN. Oh! que la suerte enemiga
á un hombre de mi pujanza
sujete á buscar venganza
en los hilos de una intriga.
Vive Dios! tantos afanes,
tantos lances y reveses,
tanto vencer portugueses,
flamencos y catalanes,
para que en la corte luego
un general de mis glorias
venga á manchar sus victorias,
jugando á este indigno juego.
Patiño, acabe esta lid,
porque me dan tentaciones
de alzarme con mis peonès
y poner cerco á Madrid.

PAT. Vengareis vuestro desdoro
D. Juan: mas ved que es mejor
con mas arte que valor,
dar la hiel en copa de oro.
Y Urbina, y Pantoja y Haro?

D. JUAN. Urbina y Pantoja, bien:
mas Haro no sé con quien
habló, que no es ya muy claro
su afecto. En la reunion
hubo otro, Soria, que es hombre
de gran esfuerzo y renombre,
y está por la sedicion.

PAT. Nada, señor, nos perdemos
así.

D. JUAN. Ya lo observó Urbina:
ninguno en el medio atina,
y se sabe cuanto hacemos.
Soria quiere comenzar
por matar á Valenzuela,
y lo persigue y lo cela
hasta poderlo lograr.

PAT. Tampoco, señor, tampoco
nos conviene ese embolismo:
bien que lo mate el rey mismo,
mas refrenad á ese loco.

D. JUAN. Quéjanse nuestros parciales

de que en todas sus jornadas,
ó topan con cuchilladas,
ó ven relucir puñales.

PAT. De ese modo no hay dudar,
la reina lo sabe todo.

D. JUAN. Sí, Patiño: de este modo
nos pueden asesinar;
la reina bravos y espías
tiene, y el caso es patente:
ó yo acabo con su gente,
ó ella acaba con las mias.
No sufre mi sangre real
mas estado tan precario.

PAT. Vuestro humilde secretario
os va á dar un plan cabal.
Si hay prudencia en esta lucha,
nuestro triunfo no es incierto,
mas el peligro os advierto,
la prudencia ha de ser mucha.
La reina ama á D. Fernando,
D. Fernando ama á Mariana.
Qué apostais á que mañana
cantais victoria en el mando?
El caso es claro, y no yerro:
del choque que aquí ha de haber,
el fruto hemos de coger
con que se os alce el destierro.
Dos nuestros contrarios son,
pero el juego está ganado.
Mirad qué gentes de estado
cuando aman de corazon!
(*Llamando á su hija.*) Mariana! Vereis, D. Juan,
la red que le tiendo ahora:
ministro que se enamora,
es hombre al agua.

ESCENA VII.

DICHOS *y* MARIANA.

PAT. Aquí estan
mis armas y mi rodela.
Esto es en tanto al rey vemos,
(Cogiendo el billete de mano de Mariana.)
el seguro que tenemos
contra el señor Valenzuela.
Mientras él platica aquí
con Mariana muy á espacio,
nosotros allá en palacio
curámosle el frenesí.
Os sorprendeis? No hay temor,
mi hija vive en buena fama,
y en política una dama
es instrumento el mejor.
D. JUAN. Travieso sois. Vamos pues.
PAT. Hablad despacio los dos,
que es vuestro amor, vive Dios,
ódio visto del revés.
MARIAN. Mas yo qué le he de decir?
D. JUAN. Decidle que es grave mal
que os sujete á una rival
que no podreis abatir.
MARIAN. Y quién sois vos?
D. JUAN. Quien te anuncia
verdad que verás despues.
MARIAN. Pero esa rival, quién es?
PAT. Es...
(Acercándose al oido de Mariana.)

ESCENA VIII.

MARIANA.

Cielos! qué pronuncia
vuestro envenenado labio?
Ay! que aunque venga el traidor

lo que me vende mi amor
ya me resguarda mi agravio.
Y que en mi dolor profundo
he de pensar y creer
que llegó el amor á ser
casi imposible en el mundo,
pues de diferentes modos
al pié de un amor naciente
siempre brota una serpiente,
y siempre conspiran todos.
Pensaba yo que el amor
era la luz de la vida,
y hoy entro en él ya abatida
por las puertas del dolor.
Quién es mi rival? quién es?
Si lo sabe, qué decirle?
Iré perdon á pedirle
arrodillada á sus piés,
y le diré: triunfad vos,
ó reina, que á vos os toca,
porque os lo dice mi boca,
y porque lo quiere Dios:
que para vos los honores
mas altos son de la tierra:
vos dais la paz y la guerra,
y bienes, dichas y honores:
y aunque este mi amor primero
en tanto don soberano,
es gota que al Océano
lleva el arroyo parlero;
la pobre ofrenda aceptad
de un alma que sufre y calla,
que nací vuestra vasalla
y os herí sin voluntad.

ESCENA IX.

MARIANA, VALENZUELA.

MARIAN. Ah! idos, D. Fernando, idos,
que si os amé, no sabia
que vuestro labio mentia.

VALENZ. Tambien salieron fallidos
en vos vuestros juramentos,
pues con designios traidores
hicisteis de mis amores
acerados instrumentos.

MARIAN. Vos reinásteis sin rival
en mi amante corazon.

VALENZ. Yo fingiendo una pasion,
nunca os vendí desleal.

MARIAN. Eso hicisteis, D. Fernando,
que lo que yo supe ahora,
nadie en la corte lo ignora,
que de mí se está mofando.

VALENZ. Y hoy vuestro padre levanta
traidoramente un ardid,
y tambien todo Madrid
de su impunidad se espanta.

MARIAN. Yo os debí de aborrecer,
pero aunque tarde, os maldigo.
Qué á un hombre que es mi enemigo,
me haya empeñado en querer!

VALENZ. Yo jamás os debí amar.
No fué en mi capricho locó
venir á buscar el foco
donde me han de asesinar?

MARIAN. Protectora soberana
hánme dicho que teneis.
Con casa en palacio os veis,
quién á venturoso os gana?
Idos, idos, que en la corte
nadie vuestro amor ignora.

VALENZ. La corte miente, señora.

MARIAN. Oh! no hay fuerza que soporte
este descaro... traidor!
qué mal tu defensa aprestas!

VALENZ. Me vende tu padre, y estas
son las pruebas de tu amor.
Adios, pérfida y tirana,
adios...

MARIAN. Fernando, detente:
dices que la corte miente,
dale pruebas á Mariana.

VALENZ. Y esplica tú cómo fué,
que D. Juan de Austria aquí vino,
para cambiar el destino
que con mi sangre gané.
Pues aunque el riesgo no es grave,
y acaso en este momento
reprime su osado intento,
quien puede y todo lo sabe,
es tan dañada intencion
la suya y la de su gente,
que otro nombre no consiente,
que el feo de alta traicion.

MARIAN. Pues yo os juro, Fernando,
que antes diera una vida,
que está tanto dolor envenenando,
que ser yo la sirena fementida
que os tuviese en mi amor entretenida,
vuestro genio y valor debilitando.
No es la pobre Mariana
pérfida cortesana,
que vende sus amores:
comparad vos cuanto de mí dimana,
con el grato perfume de las flores,
con el cándido albor de una mañana.
Mas, Fernando, esplicad esos rumores
que en la corte circulan.

VALENZ. Nos oirán? Mis contrarios
todos me acechan, todos disimulan
su rencoroso anhelo,
y soy perdido si por mí no velo.
Esta es, Mariana, la verdad.—Un dia
Toledo la imperial, resonó toda
al rumor de una alegre cacería.
Grandes y caballeros,
y damas y monteros
iban en cabalgada triunfadora:
la reina misma en su corcel montada
era allí la primera cazadora.
Demos, dijo, principio á la jornada
paseando altivos para mas decoro
á la orilla del Tajo,
por ver si lleva las arenas de oro.

Y cuando alegres por la orilla abajo
iban gallardamente,
con estruendo espantoso, de repente,
las aguas resonaron,
y un mónstruo, medio pez, medio serpiente
junto á la misma reina vomitaron.
Atónitos quedaron
todos allí... en la playa,
el mónstruo abre su fauce enrojecida,
y alguna altiva dama se desmaya
soltando á discrecion caballo y brida.
La nunca vista forma
de aquella nueva esfinge, su salida
repentina, sus fieros
mugidos aterraron los monteros.
Demonio parecia,
que á devorar á todos se venia.
La reina con semblante
de una color mortal, ya vacilante
en la boca del mónstruo se creia,
cuando un paje saltándole delante
con heróica osadía,
hundió al mónstruo el puñal dentro la boca,
y luchando con él de roca en roca
con movimientos de presteza suma,
en lid que al Tajo espanta,
venciólo, y lo rindió á la régia planta,
vertiendo sangre y venenosa espuma.
Aquel paje era yo...

MARIAN. Vos! tengo miedo:
paréceme que aun dura el crudo trance.

VALENZ. En premio á mi denuedo,
la reina á quien dí vida en aquel lance,
la espuela de oro me calzó en Toledo.
Y desde entonces, estos cortesanos,
de espléndidas veneras, mas villanos,
cuya ambicion y encono,
como irrita á la plebe, ofende al trono,
á cada merced nueva que recibo,
á cada sacrificio que hago en paga,
arrojan el veneno corrosivo
que á su envidiosa condicion halaga.

Miente la corte, miente,
y ya que en tí la paz que ella me quita
vino á buscar mi corazon doliente,
no respondas al ódio que en tí escita,
lanzando tu rencor sobre mi frente.
Maldita sea, maldita
la hora de mi próspera fortuna,
si al deponer contigo
el disfraz de un poder que me importuna,
no encuentra en tí mi corazon abrigo
contra la saña que en mi mal se aduna.

MARIAN. Oyéndote, Fernando,
tu noble condicion mas me enamora.
Como esta dicha terminára, cuando
si entre fieras viviésemos ahora?
Mas, ay! para el amor pienso con pena,
que entre los hombres siempre llega un hora
en que la fé mas pura se envenena.

VALENZ. En mi virtud confia.

MARIAN. Y tú, Fernando, en la constancia mia.

VALENZ. Alguien se acerca. Con firmeza espero.
No te alarmes, Mariana,
si vuelvo á ser ministro y caballero,
que defiende á su reina y soberana.

ESCENA X.

DICHOS, PATIÑO.

VALENZ. Alegre venís, Patiño.

PAT. Sí: y aquí celebro hallaros,
porque tengo que contaros
nuevas que á mi alma de niño
un gran regocijo dán.
Ved que cosas, D. Fernando:
mientras vos estais amando
se alzó el destierro á D. Juan.

VALENZ. Si alzar el destierro dejo,
mi favor es quien le escuda.

PAT. La reina,—la reina viuda
tuvo al rey algo perplejo:

mas cuando D. Juan le habló
tanto mitigó su saña,
que vuelve á entrar en campaña
el que á Turena venció.

VALENZ. Pláceme que su pericia
nos sirva en riesgos tan grandes:
irá á Italia ó irá á Flandes,
que él dá brillo á la milicia.
Y si entre tanto, traidores
contra el gobierno conspiran,
sepan que hay ojos que miran
y matan conspiradores.

PAT. Aun no acabé.

VALENZ. Pues decid.

PAT. Regocijaos, buen amigo:
esta vez creed lo que os digo,
D. Juan se queda en Madrid.
Mañana festejos dan
en palacio á su venida,
y á vos la reina os convida,
y el rey convida á D. Juan.
Asi unos y otros parciales
se darán el parabien.
No os sientan mis nuevas bien?

VALENZ. Si tal: pues son tan leales
cuantos yo ví en vuestro bando,
que si uno de ellos me topa,
me echará hiel en la copa
si en ella néctar le mando.
Pero no os dé pena á vos,
que sois mi amigo sincero,
á quien no es buen caballero,
Patiño, ayúdele Dios.

PAT. A vos el amor os gana
por la mano, y dais á un lado
con las cosas del Estado
cuando os cita Mariana.

VALENZ. Cierto: hay doctos pareceres,
que dicen que hay en la historia
quien se coronó de gloria
por causa de las mujeres.

PAT. A muchos ellas perdieron.

VALENZ. Pues son mas los que salvaron.
PAT. Cuando en palacio ahora hablaron,
mujeres os defendieron.
Una entre ellas... ya sabreis
á quien aludo.
VALENZ. Patiño,
teneis el candor de un niño,
lo que sembrais cogereis.

ESCENA XI.

DICHOS, D. JUAN DE AUSTRIA, URBINA, PANTOJA, HARO y BELTRAN. *Urbina y Pantoja se colocan al lado de don Juan de Austria, Haro y Beltran al de Valenzuela.*

MARIAN. Padre, padre, por piedad
no echeis vos mas leña al fuego:
ved que es peligroso el juego
con quien os dió libertad.
D. JUAN. Vive Dios! qué es lo que veo?
Es Valenzuela aquel hombre?
VALENZ. D. Juan, no os quedeis suspenso
mostrando desden ó enojo
conmigo, que á hablaros vengo,
pues si por ministro acaso
me mirais con torvo ceño,
tratadme con cortesía
por lo que de noble tengo.
URB. Os dá una leccion!
PANT. Os sale
con un insulto al encuentro.
D. JUAN. Señor Valenzuela, ved
que en mis venas sangre llevo
de reyes, que yo eché á aquel
ministro antecesor vuestro,
de la corte, que en mil trances
probé mil veces mi esfuerzo,
y que si todo esto junto,
para inspiraros respeto
no es bastante, aun tengo espada,
que venga bien los denuestos.

VALENZ. Príncipe, el que antes echásteis
era ministro estranjero,
y yo sin línea bastarda
de raza española vengo.

URB. Llamais bastardo á D. Juan?

PANT. De desnudar el acero,
vive Dios! que siento impulsos,
señor... paje.

HARO. Calle el bueno
de Pantoja, ó de un mandoble
á refrenarse le enseño.

BELT. Y no azuze el buen Urbina,
que habrá quien le dé en los sesos.

MARIAN. Caballeros, si á una dama
quereis guardar miramientos,
sin mas armas que mi llanto,
yo os lo pido con mis ruegos.

PAT. Templad, príncipe, la ira
que está en vuestro pecho ardiendo,
y vos, señor D. Fernando,
idos á la mano en esos
arrebatos, que un ministro
no ha de ser hombre ligero.
El rey y la reina quieren
que existiendo un mútuo afecto
entre vosotros, se traten
en paz las cosas del reino,
oyendo á todos y obrando
conforme al mejor acuerdo.
Aguardad hasta mañana
que se ventile este pleito
en palacio: el plazo es breve:
mañana no está muy lejos.

D. JUAN. Qué venís aquí á decirme?
Acabad?

VALENZ. Cuando en secreto
llegásteis faltando á vuestras
prescripciones de destierro,
vinisteis á este hospedege.
Y el rey dióle á su gobierno
órden de buscaros otro
mas conforme al rango vuestro.

D. JUAN. Rodeado allí de espías
quereis tenerme?
VALENZ. Sospecho
que no es esa la razon,
general.
D. JUAN. Que aquí me quedo
decid, pues aquí estoy bien.
VALENZ. Ademas, cundió en el pueblo
el rumor de una revuelta,
cual la otra del estranjero,
y en nombre del rey os digo,
que al mas leve movimiento,
vos con todos los que os siguen
sois desterrados de nuevo.
D. JUAN. Fiais mucho en vuestra audacia.
VALENZ. Yo fio en la razon que tengo,
y en tanto que se ventila,
cual dice Patiño, el pleito,
preparaos, porque es probable
que os vais á batir flamencos.
MARIAN. Ay, Fernando!
VALENZ. Adios Mariana (*Con reserva.*)
Paso franco, caballeros. (*A los de D. Juan.*)
(*Vanse Valenzuela, Haro y Beltran.*)

ESCENA XII.

D. JUAN. PATIÑO, MARIANA, URBINA *y* PANTOJA.

D. JUAN. Ira de Dios! Si mañana
no vengo este horrible ultraje,
es menester que á ese paje
ahorquemos de una ventana.
Pantoja, Urbina, avisad,
avisad á todos luego.
MARIAN. Señor!...
PAT. Aparta: ese ruego
no es amor, es liviandad.
Y tú mañana conmigo
á palacio has de venir,
y de muerte lo has de herir,
siendo yo, yo tu testigo.

Calma, calma, caballeros:
vamos bien, dejad que él diga
y clame, y ande la intriga,
antes que hablen los aceros.
Calma, y pensad que es mejor,
al vengar nuestro desdoro,
dar la hiel en copa de oro
con mas arte que valor.
(*Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

Salon profusamente iluminado en el palacio del rey.—Varios sitiales alrededor de una mesa.—Salidas al exterior, á la izquierda.—Entradas al interior, á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

PATIÑO *y* PANTOJA.

PAT. Me entendeis? decís á Soria,
que solo á vuestra señal
se mueva: que si este asunto
de buena data no vá,
á las puertas de palacio
un lance ha de provocar.
Que empiecen gritando algunos,
«viva el príncipe D. Juan!»
pero al crecer el bullicio,
que haga que griten los mas,
viva Valenzuela! Muera
quien le quiere derribar!
Dirásele al rey entonces
que forzar su voluntad
intenta el ministro, haciendo
una farsa popular,
y vereis cómo y cuán preso

vuelve en el favor atrás.

PANT. Sin discrepar un ardite,
como lo decís se hará. (*Vase.*)

ESCENA II.

PATIÑO.

Valenzuela con la reina
está formando su plan,
há un buen espacio: por Dios
que nuestro pleito va mal.
Hacer que riñan es fuerza:
mientras dure esa amistad
no triunfaremos. Mariana
anda en servirnos tenaz,
mas á perder á su amante
aquí conmigo vendrá.

ESCENA III.

DICHOS, HARO, URBINA, *por una puerta de lo interior.*

HARO. Vos por aquí!... hermosa fiesta
propia de casa real!
Gran banquete! y reinó en él
tan fina cordialidad,
que entiendo que establecida
ya está entre todos la paz.
Tocó su dorada copa
D. Fernando con D. Juan,
y el rey con dulce sonrisa
los vió la copa apurar.
Asi me place, pardiez!...
yo soy franco y soy leal,
y en presenciando estas cosas,
me dan ganas de llorar.

PAT. Ya ni rastro ni memoria
queda de aquella fatal
discordia. Y comprendo, Haro,
que anduvisteis perspicaz

como siempre.

HARO. ¡Acabó todo:
soy vuestro amigo, voto vá,
que á ejemplo de los primeros,
los segundos han de obrar.
Y dicen que en los palacios
jamás entra la verdad.
Pues lo que yo toco ahora
es que el rey á cada cual
contiene en su esfera, y todos
quedos á su vista están,
deponiendo las querellas,
y entregándose al solaz
del régio albergue, en que habita
la misma felicidad.
Qué saludos tan corteses!
Qué blandura en el hablar!
Vaya! Si un hombre de guerra
tan embobado aquí está,
que hay figura de tapiz
dos mil veces mas galan.

PAT. Dónde anda el príncipe? (*Bajo á Urbina.*)

URBINA. El rey
se retiró á descansar,
y á la puerta de su cámara
le está aguardando D. Juan.

HARO. Lástima que esta opulencia
no pueda ser general,
y con los gustos habria
menos cuentos en que andar,
mas do no hay harina, todo
es mohina, dice un refran.

PAT. Ya viene con Valenzuela
la madre del rey, mirad.
Dejadme, que soy un necio
si no destruyo esta paz.

URB. Eh! que la reina se acerca.

HARO. Encantado mas y mas
dudaba si era la bóveda
de nácar ó de cristal.
Qué bien se vive en palacio!
Esta si es tranquilidad. (*Vanse Haro y Urbina.*)

ESCENA IV.

REINA, VALENZUELA, PATIÑO.

REINA. De que comience ya es hora
el consejo, y aun no vino
el rey.
VALENZ. Que estará imagino
aun descansando, señora,
Sintióse con el banquete
fatigado.
REINA. Entonces id
y á su majestad decid
que si su mal no promete
alivio, yo asistiré
por él á la conferencia,
y en justicia, con prudencia,
lo que mas convenga haré.
PAT. Señora, su majestad
llega pronto.
REIN. Siendo asi,
quedaos, Valenzuela. Aquí
estamos bien en verdad.
Hoy vuestro constante celo
nos va á dar un fausto dia.
Gran prez á la monarquía
se seguirá de este duelo
en que dos claros varones,
sosten de la hispana ley,
van á esplicar ante el rey
sus opuestas opiniones.
Yo con gusto os oiré á vos,
pues sea dicho sin agravio
de D. Juan, sois el mas sabio
y el mas fuerte de los dos.
VALENZ. Vuestra majestad sublima
mi humilde merecimiento.
D. Juan es algo violento,
mas hombre es de grande estima,
capaz de mucho en la guerra.

Si fuera á Italia ó á Flandes,
prestára servicios grandes
sin revolver en su tierra.

PAT. Señora: aunque merecí
ser al consejo citado,
asunto que no es de estado
me tiene presente aquí.
Vuestra opinion soberana
ya escuché: no me permito
contrariarla: yo la admito
por ser vos de quien emana.
Mande el rey nuestro señor
lo que á su gusto mas cuadre:
pero permitid que un padre
antes os pida un favor.
Dióme el cielo una hija tal,
por lo hermosa, que me fundo
si os digo que ella en el mundo
no puede tener rival.
Dudo que si compitiese
con una reina, en tal guerra,
en la estension de la tierra
otra que vos la venciese.
De exagerada alabanza
no debo yo hacerla objeto,
por guardaros el respeto
altísimo que os alcanza.
Pero es tal y tan discreta,
y tan estremada en todo,
que no hay en la lengua modo
para que os dé luz completa.

REINA. Presentadme ese portento.

PAT. Eso anhelo cual vereis
si la aprobacion quereis
prestar á su casamiento.

REINA. Pero, Patiño, hay esposo
que cuadre á tan alto empleo?

PAT. Hailo ya, pues por trofeo
rindió á sus piés humildoso
á un hombre cuya fortuna
fué de tan pingüe valer,
que pudo su amor poner

sobre el cerco de la luna.

VALENZ. Infame! cuanto veneno (*Ap.*)
del negro labio destila!

PAT. Mi conciencia anda intranquila,
si un amor honrado y bueno
no llevo al punto al altar.
Ese que teneis delante,
vuestro ministro es su amante,
y con él debe casar.

REINA. Guardábaisme este secreto,
Valenzuela!

PAT. Ved, señora,
como mi hija se enamora
de un hombre de alto concepto.
Y él, vuestro ministro, á un punto
llevó su amor estremado,
que embebecido, encantado,
no se halla sino á ella junto.
Siempre en coloquios suaves,
siempre en dulce confidencia
la asiste con tal vehemencia,
que es estraña en hombres graves.

REINA. Basta, Patiño. Avisad
al rey que yo aquí le espero,
y que D. Juan el primero
tambien venga, en mi amistad
fiado, pues fuera saña
negarle, y muy grave error,
que es el general mejor
de la mal regida España.

PAT. Soy vuestro humilde vasallo,
y á hacer voy cuanto mandais.
Cuando vos, señora, hablais,
yo admiro, obedezco y callo. (*Vase.*)

ESCENA V.

REINA, VALENZUELA.

VALENZ. Quéreis ya mi ruina?
qué haceis, señora? A quien os sirve ciego

tan duro fin vuestra bondad destina?
Que mediteis os ruego,
que si sucumbo luego,
vos tambien rudamente contrariada
por el opuesto bando,
vereis tal vez en hora infortunada,
la majestad real irse eclipsando.
De enemigos crueles rodeada,
que D. Juan acaudilla,
ved lo que haceis: capaces
son de dar el escándalo en Castilla
de firmar hoy con vos mentidas paces,
para despues sin miedo
desterraros á Burgos ó á Toledo.
Nos acechan los mismos enemigos:
en iguales amigos,
ó reina, confiamos:
si en el trance los dos nos dividimos,
juntos tambien los dos nos despeñamos.

REINA. Cierto que el interés nos aconseja
vivir en paz. Mas temo que me deja
mi mejor paladin abandonada,
cuando entre mis contrarios mas tenaces
le veo buscar su amada.
Tambien vos firmais paces
callándome el secreto?
fué esta traicion, decidme, ó fué respeto?

VALENZ. Fué un tristísimo dia
de horrible soledad: en mi horizonte
solo una estrella fúlgida veía,
pero esa estrella alzada sobre un monte
siempre á mis ojos ávidos huia.
Vos lo sabeis. Locura de un deseo
temerario: imposible devaneo
de mente estraviada,
era alcanzar la estrella coronada.
Vaciló en sus cimientos
el eje de mis claros pensamientos,
y en vértigo tenaz siempre perdida
mi alma delirante,
pensé perder la miserable vida
bajo el influjo de la estrella amante.

Vos, reina, á mis dolores
disteis suave consuelo,
diciéndome, «buscad otros amores
que mas benigno favorezca el cielo:
huid de las espinas, buscad flores
y echad á vuestro amor un denso velo.»
Fué inmenso el sacrificio!

REINA. Mas vos le consumásteis, y ni huella
quedó de aquella coronada estrella.

VALENZ. Oh! siempre vá en mi corazon grabada.
Quien me protege es ella:
ella es quien siempre con su luz amada,
alumbra mi camino:
ella es mi fé, mi gloria y mi destino.

REINA. Qué dejais de ese modo
á vuestro nuevo amor, si lo dais todo
á un imposible ensueño?
Ved, Valenzuela, que en prodigio toca
salir bien de este empeño.

VALENZ. Piedad, ó reina: suene en vuestra boca
solo una voz perdida,
y es hácia vos mi gratitud tan loca,
que como un dado jugaré la vida.
Inventad ocasiones
de peligros y hazañas inmortales,
empresas de fortísimos varones,
trances donde se prueban los leales:
siempre á una voz, á una mirada, á un gesto,
al sacrificio me hallareis dispuesto,
y aun antes de que hagais un leve indicio,
antes me brindaré yo al sacrificio.

REINA. Este es el Valenzuela
que yo conocí paje:
mas, cómo vuestro ingenio no os revela
que me haceis un ultraje,
amando á quien sin duda es mi enemiga,
y oculto intento contra vos abriga?

VALENZ. Vos no la conoceis: una venganza
no cabe en aquel ser tan candoroso,
donde entre nubes de oro la esperanza
vive en feliz reposo.

REINA. Callad, y ved si vuestro pecho lanza

de sí ese amor que me es muy enojoso.
Solo á esta condicion contad conmigo.
Si á ella faltais, os doy por mi enemigo.

VALENZ. Pobre corazon mio! (*Ap.*)
cómo has de estar inmóvil y vacío!

UGIER. El rey!

VALENZ. Llegó la hora.
Dadme apoyo, señora.

REINA. Y ayudaos vos tambien haciendo alarde
de un alma inteligente y no cobarde.

ESCENA VI.

DICHOS, EL REY, D. JUAN DE AUSTRIA, PATIÑO. *El Rey llega apoyado en D. Juan, mostrando el estrago de sus dolencias: al llegar despide la servidumbre.*

REY. Tienes un brazo robusto,
D. Juan: en él apoyado
puede un rey ir descansado
sin recelo ni disgusto.
Hola! Estamos aquí todos.
Tanto mejor! mal me siento!
este febril ardimiento
me ataca de muchos modos.
Y hoy vacila mi cabeza,
y ando muy torpe y reacio:
con que, con calma y espacio
vamos á ver quien empieza.
Tomad asiento.—Señora,
vos aquí... dichosa vos
que estais tan buena: á mí Dios
mas cada vez me empeora.
Su santa voluntad sea.

REINA. Si os hallais tan fatigado,
quede este asunto aplazado.

REY. No puede ser; ya esta idea
que me ocurrió, hemos de ver
si de algo sirve, escuchando
del uno y el otro bando,
los gefes de mas valer.

Me han dicho que se difunde
vuestra discordia, y que impía
matará mi monarquía,
si mas el veneno cunde...
Ay! la voraz calentura
no me deja... apenas puedo...
El rey no os inspira miedo;
vuestro ódio, vuestra locura
me está desgarrando á mí
y á mi reino.—Sois tiranos
por ahí fuera, y cortesanos
muy lisonjeros aquí.

REINA. Qué haceis?

REY. Callad vos.—Decid:
fuera en mí muy grande esceso
querer tambien traerme preso
á Luis catorce á Madrid?

VALENZ. Contésteos el general,
pues si él vá y lidia en persona,
con el valor que le abona,
de vuestro abuelo imperial,
la prez reproduciria:
salga D. Juan para Flandes,
y obtendreis triunfos tan grandes,
que igualen al de Pavía.

REY. Tienes razon.—Tú, D. Juan,
que eres tan bravo soldado,
puedes salvar el estado.
Preséntame, pues, tu plan.
Díme como se defienden
mejor nuestras posesiones
de esas francesas legiones,
que do quiera nos ofenden.
Dínos, dínos lo que hacemos,
que en Sicilia mal andamos,
en Portugal no ganamos,
y á toda Flandes perdemos:
y nos persigue el francés,
y el holandés nos engaña,
pues si alguno ayuda á España
para robarla mas es.
Todos, todos mi corona

me roban, qué mas afrenta!
Si el rey de Francia hasta intenta
poner sitio á Barcelona!
Si hasta los moros, D. Juan,
mofándose de Castilla,
me abofetean en Melilla,
y me escupen en Oran!
Ay! moriré de dolor!...

REINA. Hijo, ved que enfermo estais,
y que si asi os exaltais,
ireis de mal en peor.

REY. Vamos, dí tu plan.

D. JUAN. Si España
ha de recobrar su imperio,
cambiad de ministerio,
que es quien aquí mas os daña.
Porque cuando Europa vé
que, á salvo la majestad,
todo aquí es debilidad
en quien manda, y poca fé
en quien obedece y calla,
no queda ya, aunque os asombre,
en España mas que un hombre,
que oponga una firme valla.

VALENZ. Ese hombre, segun vos,
sois vos mismo.

D. JUAN. Asi es verdad:
mi esperiencia y calidad,
no tienen en Madrid dos.
Si interrumpida mi obra
con artes de mala ley
no hubiese sido, hoy el rey,
que al verme el aliento cobra,
llorára menos baldones.

REY. Tu plan, tu plan.

D. JUAN. Dadme á mano
cargamento americano
de plata, y grandes legiones,
dadme rigorosas leyes
que no arguyan de flaqueza,
y pujanza y entereza
en generales, vireyes,

y gobernadores, y,
ó yo deshonro mi nombre,
ó pruebo que soy el hombre
que os puede salvar aquí.

REINA. Sabeis que digo, D. Juan?
que es vuestro plan poco vasto.

REY. No estamos para ese gasto:
vale muy poco tu plan.
Naufragó la última flota:
todo el mundo es ya soldado:
vaya! en cosas del estado
poco tu saber se nota.

D. JUAN. Señor!...

PAT. Dejad que se esplique
Valenzuela. (*Ap. á D. Juan.*)

REY. A ver, Fernando,
tú que acaudillas un bando,
y eres ministro, qué dique
piensas poner al torrente
de nuestros males... espera...
con la calentura fiera,
ay! se me parte la frente.
Ya te oigo.

VALENZ. Un solo camino
de conservar esta herencia,
os dirá mi escasa ciencia.
La balanza del destino
equilibrar aun podemos,
si do quier lleve el francés
su ensangrentado pavés,
nosotros paz ofrecemos.
Déspota y conquistador,
sin que haya quien lo resista,
el rey de Francia conquista
para oprimir con rigor.
Ved aquí sin arrogancia,
mi plan.—Anunciar al mundo
que indigna á Cárlos segundo,
la sangre que vierte Francia:
y que antes de que un abismo
se abra á Europa, vos, un rey,
hombre de paz y de ley,

condenais su despotismo.
El pabellon de Castilla
asi oscilará inmortal
de Flandes á Portugal,
de Nápoles á Melilla,
pues en la condenacion
de un despotismo que os pesa,
haceis una alta promesa...

PAT. Sí!... mas, y la inquisicion?...

REY. Y si quieren por su gusto
regirse y nada les dá
del rey de aquí ni de allá?
Nadie se pone en lo justo.
Uno aprieta y otro afloja
demasiado, ay! y yo estoy
que á morir un dia voy
de un soplo que ni una hoja
mueva en un árbol. Dios mio!
Con la salud que me has dado,
tédio me inspira el estado,
que veo de color sombrío.

REINA. Queden, pues, como ahora están
las cosas, ya que ninguno
os dá un remedio oportuno,
y no os place ningun plan.

D. JUAN. Mas rigor se necesita.

VALENZ. Yo os pido menos encono.

D. JUAN. Con vos peligra su trono.

VALENZ. Con vos el pueblo se irrita.

D. JUAN. Quiera el rey nuestro señor,
y os mostraré lo que valgo.

VALENZ. Si yo del poder no salgo,
vereis audacia y valor.

PAT. Respetad mas la persona
del rey, señor Valenzuela.

REINA. Esplicaos con mas cautela,
D. Juan, que el rey no perdona
esos desacatos.

REY. Bien!
(*Saliendo de su postracion.*)
ya oí vuestros pareceres.
Valenzuela, bueno eres!

Y tú, D. Juan, tú tambien.
Idos todos, menos vos.
Señora: pensando quedo
lo que ha de ser, y si puedo
pronto lo sabreis los dos.

VALENZ. Ved que caigo, y que es preciso
(A la reina ap.)
que ampareis vuestro privado.

D. JUAN. Qué le dijo? *(Ap.)*

PAT. No hay cuidado:
vamos á dar un aviso.

(Vánse Valenzuela, D. Juan y Patiño.)

ESCENA VII.

EL REY, *la* REINA.

REY. Tengo que comunicaros
una novedad, señora.
Fernando vuestro valido,
á un calabozo ó una horca
irá á parar, si son ciertas
las maquinaciones sordas
que prepara en su favor,
por si el mio le abandona.
No sabeis? hay capitanes
que juran y al cielo votan,
que cien lanzas romperán
si á Valenzuela el rey toca,
y anda un rumor por la corte,
y una agitacion tan honda,
que puede comunicarse
acaso á la nacion toda.

REINA. Pienso que os han engañado:
quién os ha dicho esas cosas?

REY. Patiño.

REINA. Por qué las pruebas
no le pedisteis?

REY. Ahora
vendrá su hija Mariana,
que es quien la verdad abona
de estos hechos. Se pretende

que seais vos gobernadora
del reino: los conjurados
contra mí calumnias forjan:
dicen que soy un imbécil:
ira de Dios! oh! me ahoga
la cólera! desdichado
del que entre mis manos coja!
Y á vos no os han dicho nada
de esto?

REINA. El oirlo me asombra
ahora por la vez primera.

REY. Pues espionaje de sobra
teneis, y vuestros parciales
con los mios mas se enconan
cada dia. Madre! madre!

REINA. Abrigais siquiera sombra
de sospecha contra mí?

REY. Líbreme Dios de tal cosa!
Pero!...

REINA. Yo os pido el castigo
de los que mi nombre toman
para perturbar el reino
con tan tenaces discordias.
Vos sois el rey de Castilla,
rey amado, en quien se goza
mi noble orgullo de madre.

REY. Asi lo creo, señora.
Oiremos á Mariana,
y en sana paz y concordia
daremos fin juntamente
de esos que á su rey deshonran,
y si el gefe es Valenzuela,
Valenzuela irá á la horca.

REINA. Mas si es calumnia, qué hareis
para que no inventen otra?

REY. Que el fallo del calumniado,
al calumniador se imponga.
Llamad, reina, á Mariana,
que estoy fatigado. *(Se sienta.)*

REINA. Hola!
que entre esa jóven que espera.
(*Ap.*) Cielos! por qué una zozobra

indefinible me asalta
cuando mi labio la nombra?

REY. Interrogadla vos, madre:
segun me han dicho es hermosa,
Valenzuela enamorado
sus secretos confióla,
y por no sé que despecho
del viene á vengarse ahora.

ESCENA VIII.

DICHOS *y* MARIANA.

REY. Acércate.

MARIAN. Temblando,
ó reyes de Castilla, yo os saludo.
Mi padre aquí me envia...

REINA. La vista alzad: la reina os está hablando.

MARIAN. Cielos! la reina! una sonrisa impía
leo en su rostro sañudo. (*Ap.*)

REINA. Sois vos la hermosa dama
que sabe del amor mas que ninguna,
segun cuenta la fama?
Sois vos la que ha aprendido una por una
las cosas del estado,
de boca de un ministro enamorado?
Sois vos la que el retiro
dejais de los amores,
por vengar el desden de algun suspiro,
mezclándoos de la guerra en los furores?
Responded.

MARIAN. Yo soy solo
una mujer que hirió la desventura:
yo soy quien tengo un corazon sin dolo,
yo quien le traigo henchido de amargura.
En mi contraria suerte
soy la que por amor lágrimas vierte,
la que odia su hermosura
y desprecia el vivir y ama la muerte.

REINA. No os comprendo: esplicaos, quiere el monarca
saber de vuestra boca
cuanto esa oculta sedicion abarca,

que su ministro pérfido provoca
Revelar todo el plan á vos os toca.
Decid, pues, con presteza
lo que sepais, pues si se prueba el crímen,
costará á Valenzuela la cabeza:
mas, si esa mancha que en su frente imprimen
es calumnia que engendra una querella,
la espiará Patiño, inventor de ella.

REY. Qué dices á eso tú? Mariana, tente
que amarillea tu frente,
y caerás al suelo desplomada.
Haz la verdad para tu rey patente.

MARIAN. Piedad, señor, de mí desventurada!
Cómo los santos lazos
de mi deber filial, como un estrecho
amor quereis que rompa en mil pedazos?
Llevo acaso en mi pecho
un corazon de fiera?
Yo he de quitar la vida á quien la mia
mil y mil veces diera?
Qué ha de deciros de la guerra impía
que devora el estado,
un pobre corazon enamorado?
Yo solo sé llorar: en mi retiro
dejé correr mi amor, libre de encono.
Qué importa un ay! envuelto en un suspiro
á los que estan sentados en un trono?

REINA. Vuestra apariencia cándida os abona:
mas ved que esa reserva
del rey pone en peligro la corona.
A vuestro padre condenais callando.
Tan loco es vuestro amor por D. Fernando?
Alzad, alzad el velo
que cubre esos amores criminales.
Ignorabais, Mariana,
que hay aquí amores que maldice el cielo,
y que el que corre trás su sombra vana,
apura en solo un mal todos los males,
y es el mas infeliz de los mortales?

REY. Muy bien dicho, señora:
pareceis vos la enamorada ahora,
pero yo estoy enfermo y no me gusta

la gente que me llora.
Acaba. En qué quedamos? quién conspira?
Quién mi régia opinion tacha de injusta?
Quién dijo la verdad? quién la mentira?
Mas qué es eso? A qué vienes?
(*Aparece Valenzuela sobresaltado.*)
Quién aquí te llamó? qué es lo que tienes
que vienes tan turbado?

MARIAN. Ay! Tambien él es muy desventurado!

ESCENA IX.

DICHOS *y* VALENZUELA.

VALENZ. Señor! un grave peligro
cerca á vuestra majestad.
Andan gentes por las calles
gritando, viva D. Juan!
y con procaz insolencia
me han ofendido al pasar.
Cuerpo á cuerpo Diego Soria,
que era el gefe mas audaz,
ha peleado conmigo,
mas tambien herido vá,
que no hay miedo en buen espacio
de que él altere la paz.
Quéreis pruebas? Asomaos
á ese balcon: allí están
con las espadas desnudas
aclamando sin cesar,
unos por primer ministro,
y otros por rey á D. Juan,
pues dicen que vos sois débil
y él tiene sangre real.
Recordais que de este modo
cayó el ministro Nitchard
mi antecesor; ellos dicen
que asi tambien caerá
Valenzuela, y que si el rey
en echarlo anda tenaz,
por donde vaya el ministro

irá un rey que reina mal.
Mirad: allí está Patiño,
allí el príncipe D. Juan.

REY. Ya los veo, ya los veo. *(Cayendo en un sillon.)*
Infames! qué iniquidad!
Ellos son y te calumnian.
Con qué altanero ademan
á las puertas de palacio
me vienen á deshonrar!
Oye: tienes tú valor
para prender á D. Juan?

REINA. Si vos lo mandais, él es
vuestro vasallo leal.

REY. Pues préndelo. A mí las fuerzas
me faltan para lidiar.
Prende tambien á Patiño,
que es un mónstruo de maldad,
que te atribuye las culpas
del revoltoso D. Juan,
y... ay!... no puedo...

REINA. Retiraos:
Fernando todo lo hará
como si fuerais vos mismo.
Vos habeis menester paz
y descanso. Venid, hijo.

REY. Que no me alboroten mas *(A Valenzuela.)*
las calles esos traidores,
y al vil Patiño hazlo ahorcar.

REINA. Valor! Vuestra propia honra *(A Valenzuela.)*
pendiente de vos está.
(Vánse el rey y la reina.)

ESCENA X.

VALENZUELA, MARIANA.

MARIAN. Fernando, Fernando, tente:
ay! en tu semblante leo
el rencoroso deseo
de una cólera impaciente.
Mira que á mi padre vas

á matar, y entonces Dios
no querrá que entre los dos
pueda haber amor jamás.

VALENZ. Cesa por Dios, Mariana,
que si me deshonro muero:
déjame hoy ser caballero
para adorarte mañana.

MARIAN. Templa al menos el rigor
de la sentencia del rey.
Hay en el mundo una ley
que mande mas que el amor?

VALENZ. Mátame, porque es á fé,
para mí mas leve pena,
que oir tu voz de sirena,
que me abre un abismo al pié.
Ya se acercan: ya en monton
llegan: retírate allí:
tu amor siempre vive en mí,
prenda de mi corazon.

Retírase Mariana á una estancia contigua.)

ESCENA XI.

VALENZUELA.

Este altanero D. Juan,
que me ofende de mil modos,
me la ha de pagar por todos
los que de su banda están.

ESCENA XII.

DICHO, D. JUAN DE AUSTRIA, PATIÑO *y* AMOTINADOS.

D. JUAN. Dónde está el rey mi señor?

VALENZ. Aquí sentado en su silla:
(Sentado en el sillon del rey.)
yo soy el rey de Castilla:
vamos, hablad con valor.
Decid cual es la querella

que tan descompuesto os trae,
mas antes ved que no cae
el mal ministro por ella.
Y ved tambien que si en nombre
del rey no os dais á prision,
atado como un ladron
saldreis de aqui, aunque os asombre.

D. JUAN. Así me tratais á mí,
que soy de sangre real,
y príncipe y general,
que glorias á España dí?
Tened vuestra lengua osada,
que no fuera maravilla,
que sentado en esa silla
os diese una bofetada.

VALENZ. D. Juan! *(Levantándose.)*

PAT. Lleváoslo hácia afuera:
(Ap. á D. Juan.)
retadle y nos salvaremos.

D. JUAN. Dánme risa los estremos
de vuestra apostura fiera.
Del rey escudado, alarde
haceis de un valor mentido
para insultar á un vencido
con astucias de cobarde.

VALENZ. D. Juan! D. Juan!

PAT. No dejeis *(Ap.)*
de provocarle: insistid.

D. JUAN. Dejad el puesto y salid
conmigo donde probeis
que no ennobleció á un villano
indigno de hidalgo fuero,
quien os hizo caballero
y os acercó á un soberano.

VALENZ. Basta. Si una estrecha cuenta
no os pido, es porque la ley
y el respeto de mi rey
atajan mi ira violenta.

D. JUAN. Cobarde sois, no hay dudar,
que os disculpais de mil modos,
mas para afrenta, ante todos

yo os arranco este collar.
(*Valenzuela llevará el de la orden de Santiago.*)

VALENZ. Oh! Vamos! y sea maldito
mi nombre, infame bastardo,
si en la venganza que aguardo
yo la existencia no os quito.

PAT. Idos. Ya la libertad (*Ap. á D. Juan.*)
cobrasteis de esta manera.

D. JUAN. D. Fernando, aguardo afuera.

VALENZ. D. Juan, afuera aguardad.
(*Vase D. Juan.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, *menos* D. JUAN.

PAT. Teneis la sangre de fuego,
y el rey os dirá despues
que un ministro que tal es,
pierde y precipita el juego.
No os habeis apercibido
de que sois vos el que ahora,
la gente revolvedora
proclama con gran ruido.
Y de que esos que ahí estan
vienen hollando la ley
para poner miedo al rey,
por vos, y no por D. Juan.
Sois sobrado caballero.

VALENZ. Y vos, con disfraz amable,
sois sobrado miserable
y en vuestras lides rastrero.
Y vive Dios que este ardid,
Patiño, hoy ha de acabar,
pues os voy á hacer ahorcar
donde os vea todo Madrid.
Hola! (*Llamando.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, MARIANA.

VALENZ. Ay de mí!
MARIAN. Fernando,
qué vas á hacer? Si pronuncias
esa sentencia que anuncias,
dos vidas quitas hablando.
De nuestro intenso cariño
olvidas la dulce ley?
VALENZ. No... Mariana.

ESCENA XV.

DICHOS, *la* REINA. *Despues de haber oido á Valenzuela deteniéndose en la puerta.*

REINA. Os llama el rey:
venid á hablarle, Patiño.
(*Mariana lanza una carcajada irónica y convulsiva.*)
VALENZ. Cielo! Ayuda mi valor, (*Aterrado.*)
pues en la lid que te imploro,
me dan hiel en copa de oro,
la fortuna y el amor.
(*Los amotinados quedan absortos.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Estancia de D. Fernando de Valenzuela en el palacio del rey. Una puerta al esterior á la izquierda. Otra al interior á la derecha. Sala amueblada elegantemente. Una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

Valenzuela, Urbina, Pantoja, Un Notario.

Pant. Poned arriba: inventario
que hace el capitan Pantoja
de los papeles y libros,
y otras diferentes cosas
del señor de Valenzuela.

Valenz. Todo el mundo se desploma
sobre mí. Ya no me queda
de lo que ayer fuí ni sombra.
Yo sin esperanza alguna
y ella, cielos! ella loca!
Tronó el destino en su mente
y se la deshizo toda.

Notar. Ya está.

Pant. Abajo: —Manuscrito
de una prolija memoria

sobre el gobierno de España,
con ideas peligrosas,
combatiendo los errores
de la monarquía goda.

URB. Por esa senda van muchos
á la hoguera y á la horca.

PANT. Sucesos contemporáneos
de la Gran Bretaña. Es obra
donde de Oliverio Cromwel
la dictadura se elogia,
con la historia del suplicio
del rey Cárlos.

URB. Esa sola
curiosidad sí que es grave,
y merece un auto en forma.

PANT. Las tragedias de Racine.—
El autor con firma autógrafa
las dedicó á Valenzuela.

URB. Pues que le dedique otra
sacándola del asunto
de su lamentable historia.

PANT. Un antifaz de una dama
con flores de oro en las orlas.

URB. Siempre fue dado el ministro
á aventuras amorosas.

PANT. Un manto.

URB. La real pragmática
poned que infringe por nota
donde el uso de disfraces
se prohibe á las damas todas.
Pero decid: no sellasteis
la biblioteca? á qué es otra
precaucion?

PANT. Este inventario
no es mas que de aquellas cosas
que en el gabinete vimos.
Ya acabo, pues eran pocas.
Dos espadas toledanas
con dos inglesas pistolas.

URB. Hola! armado hasta los dientes
para evitar las zozobras
de una conciencia intranquila,

rebelde y provocadora.

PANT. Está todo ya, notario?

NOTAR. Cual lo dijo vuestra boca.

PANT. Pues firmad, que los papeles
el mismo rey en persona
quiere registrarlos y
aquí van. Muy enojosa
nos ha sido la tarea.
Mas cuando el deber impone
una obligacion odiosa,
hay en cumplirla virtud.

URB. Vamos, anda: no seas mosca,
y deja que se esté un muerto
quedo bajo de su losa.
(Vánse Urbina, Pantoja y el notario.)

ESCENA II.

VALENZUELA, BELTRAN.

BELT. Llévelos el mismo infierno.
Viles sayones! Ignoran
que á la desgracia respeto
deben. Señor, de aqui vámonos,
que todo lo que ahora vemos
son desengaños, y estamos
tragando mucho veneno.
Aquí doña Mariana
perdió á fuerza de tormentos
la razon, que no le torna
si no os la llevais muy lejos.
Frágil vaso que se ha roto
al primer sacudimiento.
Casa el rey en su palacio
os dá aun; pero estais preso
en ella, y cuando descubran
que anoche con gran misterio
disteis la mano á la dama
que está con vos aquí dentro,
van á tronar contra vos
hasta estos mármoles viejos.

Vámonos de aquí, señor,
y dejad al otro el puesto.
Si os confiscan vuestros bienes,
contad con los que yo tengo:
pocos son, mas vive Dios,
que de veras los ofrezco:
quiere decir, que si falta
trabajaré, y viviremos.
De ira y de dolor son estas
tristes lágrimas que vierto.
Qué mal os pagaron todos,
cuando vos fuisteis tan bueno!

VALENZ. Pobre Beltran! Mucho, mucho
tu lealtad agradezco,
mas se cumplirá mi sino.

BELT. Mirad que os forman proceso,
y os acusan de que hablásteis
de tal modo en el consejo
del rey, que les dió en las mientes,
que vos érais comunero,
y anda ya la inquisicion
echándole leña al fuego.
Tambien dicen que vos sois
el que trae á Madrid inquieto,
y os culpan de la revuelta
última que otros urdieron,
y os acusan de que vos
provocásteis aquel duelo
en palacio con D. Juan,
que ojalá le hubierais muerto,
y no se mezclara el rey
para impedirlo, en el cuento,
En fin, señor, no hay calumnia,
no hay mentira, no hay enredo
que no forjen contra vos,
que de todo estais ageno.

VALENZ. Déjalos, Beltran. Qué quieres
que contra mi sino adverso
haga yo, si se conjuran
para mi mal tierra y cielo?

BELT. Ese Patiño... jamás
un hombre vi tan perverso.

VALENZ. Calla, no te oiga Mariana,
y comprenda tus denuestos.
Infeliz! Son sus delirios
cual las penas del infierno
para mí.
BELT. Tambien la reina...
VALENZ. Beltran, Beltran, te encomiendo
la prudencia.
BELT. Es que os andais
vos con muchos miramientos,
y que esto para en desastre,
me está el corazon diciendo.
Vámonos de aquí, señor,
á una cabaña, á un desierto,
á cualquier retiro, donde
no tengo yo tanto miedo
por vos.
(Aparece una dama envuelta en un manto.)
Mas qué?
VALENZ. Quién será?
Vete, Beltran, y silencio.
(Vase Beltran.)

ESCENA III.

VALENZUELA, *la* REINA.

VALENZ. Señora, vos aquí! Qué pensamientos
á este lugar os traen?
REINA. Vengo á salvaros.
VALENZ. Son vuestros intentos
ya inútiles, señora.
Alzásteis en un hora mi fortuna
para estinguirla luego en otra hora.
La ilusion del poder ya me importuna
y anhelo solo paz consoladora.
Oh! Dejadme que apure hasta las heces
la hiel que en copa de oro me brindaron.
Dios perdone á mis jueces
y á los que contra mí los concitaron.
REINA. No os conozco: á tal punto

llevais vuestra flaqueza,
vos que érais del valor vivo trasunto.

VALENZ. Es que al fin mi mortal naturaleza
en la lid se ha agotado,
y ya vencido inclino mi cabeza
ante la ruda adversidad del hado.

REINA. No desmayeis cobarde,
que para el bien no es tarde:
aun resta una esperanza:
oidla, Valenzuela:
D. Juan dió rienda suelta á su venganza,
que en todo se revela.
Su vencedora ley sufrir no puedo,
y en tanto ponga el rey su confianza
en él, voime á Toledo.
Acompañadme vos...

VALENZ. Soy libre acaso
para hacerlo? Si doy un solo paso
fuera de ese dintel, veré trocada
mi prision, que aun es régia, en otra impía
con cerrojos sellada.

REINA. Yo la prision, Fernando, os alzaria.

VALENZ. Ay! ya los jueces tienen decretada
tal vez mi muerte ó mi espulsion.

REINA. Mi escudo
tambien os salvará.

VALENZ. Romped el nudo
que nos une: el destino
no quiere que sigamos un camino:
no lo consiente el soberano fallo
que no hizo igual la reina y el vasallo.
Huid de mí! Cuánto mi mano toca
se vuelve desventura!
Mirad, mirad!

(Señalando la puerta que dá al interior de la casa.)

REINA. Oh cielos!

VALENZ. Está loca!
Huid de la mansion de la amargura.

ESCENA IV.

DICHOS, MARIANA *vestida de blanco con los cabellos sueltos, y profundamente demudada.*

MARIAN. No... espera... no me huyas (*A la reina.*)
tú debes ser alguna desdichada,
y quiero yo que entre las penas tuyas
pongas la historia de una esposa amada.
REINA. Esposa? es cierto?
VALENZ. La verdad os dice:
asi su amor inmenso satisfice.
MARIAN. Verás... Era esta esposa como un lirio
á orillas de una fuente:
ni pena ni martirio
se reflejaba en su alma trasparente.
Pasó el amor un dia,
y al verla tan hermosa,
tuvo con ella una tenaz porfia,
hasta que al fin, la que despues fué esposa,
amó al amor que tanto la queria.
Y tú no sabes... Hay en los amores
un fugitivo instante
en que solo se ven praderas, flores,
un sol de luz radiante,
paisages seductores,
que hacen dichoso un corazon amante.
Mas luego... el horizonte se reviste
de una color muy triste,
se anubla el sol, las flores desfallecen,
y el aire no embalsaman,
y encima nubes hórridas se mecen,
y abajo fieros huracanes braman...
y entonces los amantes enloquecen,
cuando con todo el corazon se aman.
VALENZ. Infeliz!
REINA. Qué tormentos
su delirio revela!
MARIAN. Ay! Aquí donde estan los pensamientos,
tengo un ascua infernal, una ígnea flecha

clavada á todas horas.
No me interrumpas tú con tus lamentos,
(*A Valenzuela.*)
dichoso tú que lloras!
Oye, que aun no acabé. No te he contado
(*Á la reina.*)
mi boda, que fué ayer. Mujer ninguna,
con mi lujo oriental se ha desposado.
Manto de sangre se vistió la luna,
y un vendaval las hachas de himeneo,
todas barrió sin olvidar ni una.
Era mi esposo un reo
de alta traicion... mi padre su verdugo:
brillaban en la sombra mil puñales,
y yo pensaba, porque á Dios le plugo
que no era boda, que eran funerales.

REINA. Volved en vos, Mariana,
que es la propia pasion si se estravia
implacable tirana.

MARIAN. Te compadeces de la historia mia!
tienes buen corazon: tambien tú eres
como yo desdichada.
Quizá fuiste á buscar gloria y placeres
á la régia morada?
Díme: al palacio has ido
del rey alguna vez? Ay! nunca, nunca
allí pise tu planta,
porque saldrá tu corazon herido,
aunque lo escude la virtud mas santa.
Corre allí convertido
en fuego el aire: innúmeros dolores
con máscara de oro allí hacen nido,
y el que en él sembró flores,
áspides entre zarzas ha cogido.
Escucha... yo te ruego
que si á la reina ves, nada le digas
de mí, que lanzarán sus ojos fuego,
y volviendo á sus pérfidas intrigas,
querrá matarme luego.
Defiéndeme tú de ella,
lo harás? Tú llevas del dolor la huella
en tu semblante hermoso.

Quién en el mundo vivirá dichoso?

REINA. Miradme bien, miradme,
no me reconoceis?

MARIAN. Yo no te he visto
jamás en parte alguna...
Manto de sangre se vistió la luna,
y el duro mármol roto
ya vacilante, el templo retumbaba
cual si lo demoliese un terremoto.

REINA. Conocedme, Mariana, soy la reina.

MARIAN. La reina vos, Dios mio!
Vos venís á matarme! Esposo amado,
huyamos, que en mi horrible desvario,
yo propia temo haberte asesinado.
Qué nos quereis? no os basta
todo el dolor que nos habeis causado?
Ay! ay de mí!

REINA. Infelice!
Llevadla, Valenzuela:
inútil es cuanto mi voz la dice:
la vuestra solo su dolor consuela.
No desmayeis, os digo,
que á los dos os defiendo,
y á los dos os perdono y os bendigo,
por la fé del dolor que estoy sintiendo.

(*Vánse Valenzuela y Mariana. La reina se envuelve en su manto y se retira al fondo.*)

ESCENA V.

LA REINA, HARO, BELTRAN *y* POITIERS.

BELT. Aquí lo dejé hace poco:
mas recatada en su manto
entró una dama y sin duda
aun hablan adentro entrambos.

HARO. Tanto mejor. Con que, cómo
decís, señor secretario,
que posible nos seria
dar un buen golpe de Estado?
Porque, vive Dios, que aquí

cierto que somos muy llanos,
mas si nos dan el alerta,
sabemos alerta estarnos.
Y eso de que infames jueces
condenen á D. Fernando
á morir... vaya! primero
se ha de hacer Madrid pedazos,
y ha de haber mas cuchilladas
que dió á los moros Pelayo.

BELT. Voto á brios.—Eso.—No acusan
de revoltoso á mi amo?
Pues que una vez con razon
no sea calumnioso el cargo.
Mal fin vamos á tener
si no nos ponen á salvo
nuestros esfuerzos: diantre!
hablad vos, capitan Haro
á mi señor: me dá miedo
de su profundo desmayo,
y si por él ha de ser,
él piensa que con ahorcarlo
le hacen un grande favor,
y el cuento dá por finado.
Pero á nosotros nos toca
volverle el ardor y el ánimo:
con que decid vos, Poitiers,
cómo y por dónde empezamos.

REINA. Atenta estoy. (*Ap.*)

POITIER. Ya sabeis
que son muchos los agravios
que las cortes estranjeras
recibieron del bastardo
de D. Juan. Le ódia la Francia,
porque con Condé hizo pactos,
le quiere mal el imperio
por díscolo y temerario,
y como fueron á medias
todos sus bélicos lauros,
ni en Portugal ni en Sicilia
inspira su nombre espanto.
Alzáronse por su causa
Bravante, el Franco Condado

y Flandes, y en Cataluña,
si ya la nueva ha llegado,
de seguro hay alzamiento
para que lo echen abajo.
Pues bien: ahora mismo os digo
que piensan ir á palacio
cuantos aquí representan
reinos, colonias ó estados,
para de comun concierto
pedir al rey que del mando
separe á D. Juan, sopena
de que su reino sea un caos.
Es el marqués de Villars
de quien yo soy secretario,
quien en nombre de la Francia,
como embajador preclaro,
llevará la voz.

BELT. ¡Diantre!
pues no hay duda, nos salvamos.

HARO. Todo está hecho.

POITIER. Nos falta
una cosa sin embargo.
Imponer abiertamente,
á viva fuerza este cambio
fuera obrar contra el derecho
y hacer al rey un agravio.
Tratáse solo de dar
un consejo leal y sano,
revestido con astucia
de pavorosos amagos,
y hecho hoy mismo, sin que pueda
parar el golpe de mano
D. Juan... mas las avenidas
tomadas tiene en palacio,
y lo que nos hace falta
es que haya quien hasta el cuarto
del rey conduzca al marqués
y á sus diversos aliados.
Si la reina... mas la reina
fué la que hizo el milagro
de trasladar á Patiño
desde la horca hasta el mando...

REINA. Qué quereis? pues hoy, señores,
mirad lo que es el humano
corazon, fácil me inclino
á desandar de lo andado,
la parte que pueda al menos,
volver la paz á los ánimos.
No os asusteis, que yo os juro
por mi fé, que no hay engaño
en mis palabras. Decid
al marqués que yo me encargo
de todo, pues aunque toco
que en el favor ya decaigo,
ayudando á los agenos,
satisfago mis agravios,
que no olvido en que se funda
el interés de mi bando.

POITIER. Cojereis por esta accion
larga cosecha de aplausos.

HARO. Señora, con vuestra ayuda
quedará por nuestro el campo,
y si falta á la victoria
para consumarse un átomo,
lo que falte lo pondremos
en pólvora y cintarazos.

REINA. Decid, decid al marqués
que en el instante le aguardo,
y á su lugar cada uno,
cuando yo me haya alejado. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DICHOS, *menos la* REINA.

HARO. Avisad vos al marqués. (*A Poitiers.*)

POITIER. Y hablad con fuego, vos, Haro,
á los soldados.

BELT. Y yo
aquí me quedo aguardando
á mi señor... mas no hay uno
que le hable y le vuelva el ánimo?

POITIER. No, dejad que él no se mezcle
en nada, pues asi á salvo

queda de un nuevo peligro,
que ya le cercan sobrados.

BELT. Mirad, mirad, allí viene:
cómo está!

HARO. Vamos, dejadlo.
Infeliz! (*Vánse.*)

ESCENA VII.

VALENZUELA *solo.*

Pobre Mariana!
cuanto mas se sacia en ella
su dolor, la hace mas bella
su desventura tirana.
Que hermosamente engalana
su amoroso frenesí!
Abierto está, yo lo ví,
el libro de su alma pura,
y á través de su locura
su amor y virtud leí.
Qué es delirar? No es perder
la razon, fiel guardadora
de cuanto el alma atesora
con soberano poder?
Pues yo que pude leer
en quien razon no tenia,
cuanto en su pecho escondia:
sentí gozo en mi tormento
al ver el divino asiento
de tan rica fantasía.
Insensata ansia de ser
el primer hombre de Estado!
Oh! qué funesto legado
te he venido á merecer.
Un temerario placer
busco en mi propia afliccion,
y lo encuentro en la razon,
ciega ya de la que adoro;
porque hiel en copa de oro
le dió á gustar mi ambicion.
Sí, no hay duda: esos violentos

delirios en amalgama
los recuerdos que ella ama,
con sombras y con lamentos:
esos vagos pensamientos
que en su mente sorprendí,
esos gritos que ahora oí,
hijos de un dolor cruel,
qué son, qué son si no hiel,
ay! que á beber yo le dí?
Gusté yo el licor fatal
primero, y ella engañada
al ver la copa dorada
bebió tambien por su mal.
Y hoy nuestra suerte es igual;
se estinguieron nuestras teas
nupciales: nuestras ideas
envueltas van entre lloro...
Engañosa copa de oro!
Mil veces maldita seas!

MARIAN. (*Dentro.*) Fernando!

VALENZ. Es ella!

ESCENA VIII.

VALENZUELA *y* MARIANA.

MARIAN. Fernando!
Sálvame, por compasion!

VALENZ. Tu perturbada razon
fantasmas te está creando.
Quién te sigue?

MARIAN. No lo vés?
mi padre! Viene por mí,
y quiere matarte á tí!
arrodillada á sus piés
le pedí perdon mil veces,
le dije que era tu esposa;
pero en su saña horrorosa
ví al mas cruel de tus jueces.

VALENZ. Mariana, no puede ser
lo que tu afan significa:

con ninguna comunica
esa estancia.

MARIAN. Desde ayer
esta vision donde quiera
me persigue; pero ahora
ví su faz aterradora,
y yo te lo juro, él era.
Oh! no dudes que era él:
muy atento me miraba,
y toda mi sangre helaba
con su sonrisa de hiel.—
Esposa de mi enemigo!
Infame!—Asi me decia,
y de las trenzas me asia
para llevarme consigo.
—Dejadme, dejadme, padre,
por el que amando murió,
por el que en la cruz lloró;
por la tumba de mi madre!!

VALENZ. Es ilusion de tu mente:
nadie en esa estancia ha entrado:
sola en ella te he dejado.

MARIAN. Toca, toca aquí en mi frente.

VALENZ. Mariana, Mariana mia,
modera tu frenesí.

(Aparece Patiño en la puerta que da al esterior.)

MARIAN. Fernando! míralo allí.
Lo vés? no te lo decia?

ESCENA IX.

DICHOS *y* PATIÑO.

VALENZ. Corazon de la mujer!
Cuánto puedes! cuánto sabes!
que en las desdichas mas graves
siempre profeta has de ser!
Guardeos Dios.

PAT. Cielos! Qué horrible
mudanza advierto en mi hija?
Eh! Aunque este trance la aflija
no es el remedio imposible.

VALENZ. Llegad, Patiño, llegad.
Qué buscais? á qué venís?
Si en llevárosla insistís,
tomadla y os la llevad.
Su razon en rumbo incierto
melancólica divága
como el que en la mar naufraga,
y arribar no espera al puerto.
Y en su tormentoso afan
cercada de mil furores,
es la nave de las flores
que echó á pique un huracan.
Yo os la entrego con dolor,
aunque acaba ya mi vida,
porque es mi esposa querida
y el espejo de mi amor.
Mas si en esta atroz querella
yo escapase á una venganza,
es mi postrera esperanza
irme muy lejos con ella.
Lejos, muy lejos, que os juro
que este ambiente me sofoca.

PAT. Nada os ha dicho mi boca,
nada pensé, os aseguro
de cuanto decís, y á fé
que aunque de mí os hais guardado,
no por eso me he enojado,
que esta union siempre aprobé.
Quién pidió el consentimiento
á la reina? Quién os vió
tan rendidos como yo
mostrando mayor contento?
(*Mariana se rie convulsivamente.*)
Hoy es verdad, la bonanza
acabó de vuestra suerte,
y de evitaros la muerte
apenas hay esperanza.
Son muy ciegos los partidos:
yo con mi escasa influencia
no pude obtener clemencia,
y casi estamos perdidos.
Me seguirá Mariana,

que son grandes los tormentos
de estos últimos momentos,
y fuera cosa inhumana
dejarla con vos aquí...
y vos, valor... Ea, amigo!
sed vos como D. Rodrigo,
que yo en la horca lo ví.
Y se ensancha el corazon
al pensar que puede un hombre
ganar en la horca mas nombre,
que Rodrigo Calderon.

MARIAN. Padre! padre! qué infernal
lenguaje es ese? en mi oido
resuena como el ruido
de la trompeta final.
Me aterra esa fria arrogancia:
manan sangre mis cabellos,
porque asisteis vos de ellos
para matarme en mi estancia,
y ahora con fiero teson
venís la muerte anunciando,
sonriendo y remedando
una horrible compasion.
Ay! cuando el estrago miro,
que en mí vuestra ira provoca,
tengo razon y estoy loca,
y de ambos modos espiro.
Padre! padre! la ambicion
os ciega, os pierde la ira:
el cielo á entrambos nos mira,
y á mí me dá su perdon.
Sí, su perdon mas cabal:
Dios conmigo habla tambien,
y sé que me quiere bien,
y que á vos os quiere mal.

PAT. Hija, deliras. Qué quieres
de mí? no te canses mas:
no ha de ir el mundo al compás
del amor de las mujeres.

VALENZ. Basta, Patiño: en su abierta
herida asi no os cebeis:
á vuestra vista quereis

que de dolor caiga muerta?
Un mónstruo de iniquidad
sois.

PAT. Es cierto por Dios:
mas si ayer ahorcabais vos,
prestad hoy conformidad.
Y no sé, como no sea
mi franqueza, que os estraña:
mortal era esta campaña,
salisteis vencido,—ea,—
ya llegan.

(Mariana corre á la puerta, cierra y se coloca delante de ella.)

MARIAN. Oh! no entrarán.
Tente, turba empedernida:
vienen por sola una vida: *(A Patiño.)*
(Suenan golpes.)
si quieren dos, las tendrán.
Padre, padre, hé aqui la obra
de vuestra ambicion tirana:
en esta lid inhumana
ya veis que aliento me sobra.
Débil mujer, ahora os juro
por el Dios que nos escucha,
que aunque mi fuerza no es mucha,
tenaz ha de ser el muro.
(Se repiten los golpes.)

PAT. Apártate. Necia eres:
virtud tu esfuerzo revela:
mas dirán que Valenzuela
se escuda con las mujeres.

HARO. Abrid, abrid, D. Fernando.
Somos nosotros.

VALENZ. Son ellos,
mis amigos. Los cabellos
se os van, Patiño, erizando.
Son ellos, los que si os ven,
trocando el destino aquí,
me alzarán en triunfo á mí,
mientras muerte á vos os dén.
(A Mariana.) Apártate. Loca eres,
pues dirán, es cosa fija,

que Patiño se cobija
á espaldas de las mujeres.

MARIAN. Ay de mí! Cesad, impíos.
Ay! ya cedieron las puertas:
temed: aunque esten abiertas,
temed los furores mios,
Decid al rey que no visteis
amor mas desesperado
jamás, que os hais apiadado
cuando mis quejas oisteis.

(Entran precipitadamente con las espadas desnudas.)

ESCENA X.

DICHOS, HARO, BELTRAN *y* SOLDADOS.

BELT. Calmaos, señora: á salvar
su vida todos venimos.

(Mariana cae desmayada en los brazos de Beltran, que la lleva á su estancia.)

HARO. Ya el grito de guerra dimos,
y el triunfo hemos de alcanzar.
D. Fernando, aunque pendiente
sigue el fallo de la ley,
hay quien por vos ante el rey
reclame enérgicamente.
Y algo aqui se nos alcanza
de que todo se vicia
el lugar de la justicia
suele ocupar la venganza.
Esto evitar pretendemos,
y en salvo á poneros vamos,
y si á las manos llegamos
buenas espadas traemos.
Con ellas, forzamos ya
el paso hasta este recinto,
armando un buen laberinto
con la guardia que hoy os dá
el nuevo ministro, diablo!
D. Juan tiene mucha ira:
si me parece mentira

que os estoy viendo y os hablo.

VALENZ. Veis Patiño? Ya en mi alma
la esperanza estaba muerta,
y esta gente la despierta.

HARO. Patiño? Soberbia calma
teneis, señor!... cómo es
que en pago de su traicion
del hierro de ese balcon
no le colgais por los piés.
Dejad que yo...

TODOS. Muera! muera!

VALENZ. Quedos, quedo, Haro,
ninguno, pues yo le amparo,
le maltrate ni le hiera.
Yo á Patiño dí una vez
la libertad, y él, leal,
quiso hacer favor igual
conmigo, siendo mi juez.
Y ahora depuesto el violento
rencor, de mí se dolia,
llena el alma de hidalguía
y noble agradecimiento.

HARO. Vos lo decis!... bien! ¡será.

VALENZ. No es asi, Patiño?

PAT. Asi:
teneis un amigo en mí,
que siempre bien os querrá.

HARO. No me pondré yo en la boca
de este lobo: con que, vamos:
fuerza es que de aqui salgamos,
que D. Juan al arma toca,
y ha de intentar darnos caza.

ESCENA XI.

DICHOS, *el* REY, *la* REINA *y* D. JUAN.

REY. Poco á poco, caballeros:
envainad esos aceros.
Plaza al rey: abridme plaza!
Qué es esto? aquí cada cual

se hace la ley por su mano,
y es juguete el soberano?
Cuándo tanto desleal
hubo en Castilla? Ea, digo,
traidores!... fuera de aquí?
pronto! pronto!
(*Vánse Haro, Poitiers y soldados.*)

ESCENA XII.

El Rey, *la* Reina, Valenzuela, D. Juan de Austria *y* Patiño.

Rey. Estás tú ahí,
Valenzuela? Hola! al castigo
ya no escaparás: me cuestas
mucho: mis hombres de Estado,
(*Dirigiéndose á Valenzuela y á D. Juan, en cuyo brazo ha venido apoyado.*)
que no valen un cornado,
en contiendas como esta,
trizas me hacen la nacion:
humildes, si hacer los dejo,
mas si ven que los alejo,
se me alzan en rebelion.
Qué lealtad os abona
si á cada rencilla vuestra,
os lanzais á la palestra
para humillar mi corona?
Ayer un duelo, un motin
hoy, y teneis partidarios
que por vos van temerarios
del mundo al postrer confin.
Y el rey, aunque espire el rey
solo y de angustia en su lecho,
qué os dá, si habeis satisfecho
los gustos de vuestra grey?
Quién soy yo, si todo aquí
vuestra ambicion lo avasalla?
muy bueno para pantalla,
muy malo si pienso en mí.

Pues entend, vive Dios,
que al rey el furor no ciega,
y do hay crímen, allí llega
su justicia, que va en pos.
Oh! fatigado me siento.
Un sillon.

(*Patiño le presenta un sillon, en el que se sienta profundamente abatido.*)

REINA. Hais olvidado
lo que el marqués os ha hablado,
y os mostrais harto violento.

D. JUAN. Ya vuestro consejo vió
la causa de Valenzuela,
donde el crímen se revela,
que Patiño os denunció.

REY. Bien está: dime, y cual es
el fallo?

D. JUAN. Vedlo. (*Dándole un pliego.*)

REY. La muerte!

REINA. Conste que hay quien os advierte
lo que os ha dicho el marqués.

D. JUAN. Firmad, si con nuevo encono
no quereis ver renovada
la lucha desesperada
que está minándoos el trono.

REINA. Hijo, meditadlo bien,
que si ese pliego firmais,
se hunde el trono en que os sentais,
y cuantos ayuda os dén.

VALENZ. Señor, vacilante os veo:
es cruel que una sentencia
se ventile á la presencia
del desventurado reo:
pues de opuestas opiniones
toda mi alma suspendida,
sufre aquí mi pobre vida
sobrehumanas emociones.
Ni merced ni gracia os pido,
que fuera en mí confesion
de haberos hecho traicion,
y cual bueno os he servido.
Yo al pueblo no amotiné,

ni contra vos nunca fuí:
si al trono esplendor no dí,
tampoco se lo quité.
Un medio os dí de lidiar
con Francia: júzguelo el mundo,
que del rey Cárlos segundo
la historia ha de meditar.
Ahora firmad: no me aterro:
mas si no lo haceis, abiertas
dejadme, señor, las puertas
de un perdurable destierro.
Que esta gracia ha menester
un corazon lacerado,
que su vida ha concretado
al amor de una mujer.

REINA. Insistir fuera impiedad:
otorgadle lo que os pide.

D. JUAN. Vuestra majestad no mide
toda la profundidad
del caso, si retrocede.

ESCENA XIII.

DICHOS *y* BELTRAN.

BELT. Señor, señor, vuestra esposa...

VALENZ. Qué?

BELT. Una congoja espantosa,
cuyo horror pintar no puede
mi labio, la sorprendió,
y en medio á un atroz delirio
yerta como blanco lirio,
en mis brazos espiró.

(*Valenzuela lanza un grito de desesperacion. Patiño queda confundido.*)

REINA. Infeliz! Al triste esposo
perdonad.

REY Bien! echa al fuego
D. Juan, ese horrible pliego,
que no soy tigre furioso.

Vive, Valenzuela.

VALENZ. Ahora,
señor, en mi infausta suerte,
lo que os pido es ya la muerte,
que se niega al que la implora.
Lo que os pido es que el castigo
justo deis que mereció
al que á su amada mató
arrastrándola consigo,
donde los rudos empeños
de la ambicion, marchitaron
la hermosa flor que encontraron
entre sus dorados sueños.
Lo que os pido... Apartad vos,
(*A Patiño que se acerca á consolarlo.*)
y que allá os quede el infierno
de un remordimiento eterno,
que os siga do quiera en pos.
Beltran! Beltran!... ay de mí!...
(*Cae en los brazos de Beltran.*)

REY. Vamos, D. Juan, de esta historia
la enseñanza y la memoria
sirva tambien para tí.
(*Vá saliendo con D. Juan.*)

VALENZ. En qué lid salí vencido!

PAT. En qué lid soy vencedor!

VALENZ. Ay! que he perdido mi amor!

PAT. Ay! que á mi hija he perdido!

FIN DEL DRAMA.

GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Examinada por el censor de turno y de conformidad con su dictámen puede representarse.
Madrid 17 de Marzo de 1852.

MELCHOR ORDOÑEZ.

TITULOS DE LAS OBRAS.	ACTOS.	AUTORES.	RS.
El Escondido y la Tapada (r)	3	Sres. Asquerino (D. Eduar.)	8
Faltas juveniles. (a)	3	Cueva.	8
Una conjuracion femenina. (o)	1	Navarrete.	4
Indicios vehementes. (o)	1	Navarrete.	4
El suplicio de Tántalo. (a)	1	Diaz Tezanos.	4
El chal de cachemira. (a)	1	Diaz Tezanos.	4
Lorenzo me llamo y Carbonero de Toledo. (r)	3	Asquerino (D. Eduar.)	8
Amar despues de la muerte. (r)	3	Asquerino (D. Eduar.)	8
Una mujer misteriosa. (o)	3	Navarrete.	8
El anillo del Rey. (o)	3	Hurtado.	8
El Licenciado Vidriera (a).	3	Catalina.	8
En mangas de camisa (r)	1	Diaz Tezanos.	4
El amor y la moda. (o)	1	Larra.	4
Una llave y un sombrero. (o)	3	Bermejo.	8
Ninguno se entiende. (o)	1	Bermejo.	4
La Baltasara. (o)	3	Príncipe, Gil y Zárate y García Gutierrez.	8
Una leccion de corte. (o)	3	Muntadas.	8
¡Está loca!! (o)	1	Garcia Santisteban.	4
Misterios de palacio. (o)	3	Rico y Amat.	8
El Gran Duque. (o)	3	Parreño.	8
La hiel en copa de oro. (o)	3	Estrella.	8
Lo mejor de los dados. (o)	1	Ramirez.	4
Cañizares y Guevara. (o)	1	Palacios y Toro.	4
No hay amigo para amigo. (o)	4	Marin y Gutierrez.	8
Conspirar con buen éxito. (o)	3	Rico y Amat.	8
El Fausto. (o)	5	Asquerino. (D. Eduar.)	8
En *administracion* (propiedad del aut.)			
Flor de un dia. (o)	4	Camprodon.	8
Espinas de una flor (2.ª *parte de id.*) (o)	4	Camprodon.	8

La Direccion de El Teatro se halla en Madrid, calle de Esparteros, núm 3, 3.°

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: *librerias de Cuesta, Matute, Publicidad, Monier y Villaverde.*

PROVINCIAS.

Albacete.	Serna.	*Mondoñedo.*	Delgado.
Alcoy.	Martí é hijos.	*Orense.*	Ferrer.
Algeciras.	Almenara.	*Oviedo.*	C. Fernandez.
Alicante.	Ibarra.	*Osuna.*	Montero.
Almeria.	Alvarez.	*Palencia.*	Gutierrez é hijos.
Aranjuez.	Sainz.	*Palma.*	Gelabert.
Avila.	Gayoso.	*Pamplona.*	Garcia.
Badajoz.	Orduña.	*Pontevedra.*	Cubeiro.
Barcelona.	Oliva.	*Puerto de Santa Maria.*	Valderrama.
Bilbao.	Astuy.	*Puerto-Rico.*	Gonzalez.
Burgos.	Hervias.	*Reus.*	Prins.
Cáceres.	Valiente.	*Ronda.*	Moreti.
Cadiz.	Moraleda.	*Sanlucar.*	Esper.
Córdoba.	Lozano.	*S. Fernando.*	Meneses.
Cuenca.	Mariana.	*Sta. Cruz de Tenerife.*	Bonnet.
Castellon.	G. Otero.	*Santander.*	Carabantes.
Ciudad-Real.	Gonzalez.	*Santiago.*	Sanchez y Rua.
Coruña.	Perez.	*Soria.*	Rioja.
Cartagena.	Moreno.	*Segovia.*	Alejandro.
Chiclana.	Sanchez.	*San Sebastian.*	Garralda.
Ecija	Gimenez.	*Sevilla.*	Hidalgo.
Gerona.	Viuda de Grases	*Sevilla.*	Santigosa.
Gijon.	Ezcurdia.	*Salamanca.*	Torres.
Granada	Zamora.	*Tarragona.*	Puygrubi.
Guadalajara.	Perez.	*Toro.*	Tejedor.
Haro.	Quintana.	*Toledo.*	Hernandez.
Huelva.	Osorno.	*Teruel.*	Castillo.
Huesca.	Guillen.	*Tuy.*	Martz. Gonzalez
Jaen.	Valero.	*Talavera.*	Bidarte.
Jerez.	Bueno.	*Valencia.*	M. Garin.
Leon.	Viuda de Miñon	*Valladolid.*	Bassó.
Lérida.	Sol.	*Vitoria.*	Echavarría.
Lugo.	Pujol Masia.	*Vigo.*	Fernandez Dios.
Lorca.	Delgado.	*Villanueva y Geltrú.*	Pers y Ricart.
Logroño.	Verdejo.	*Zamora.*	Calamita.
Loja.	Cano	*Zaragoza.*	Gallifa.
Málaga.	Moya.		
Málaga.	Casilasi.		
Murcia.	Adrion.		
Motril.	Ballesteros.		
Manzanares.	Gomez Pardo.		